

sin atender á su calidad de madre de Dios, ni á su privilegio de vírgen: ve que el mismo Jesucristo se habia sujetado á la ley humillante de la circuncision, no es razon, pues, dice, que me dispense yo de la purificacion legal cuarenta dias despues de mi parto.

En consecuencia de esto se fue al templo con su querido hijo en los brazos; ofreció al Señor dos pichones, como la ley lo ordenaba, respecto de los pobres, pues María jamás se avergonzó de serlo: dió tambien cinco siclos, lo que hacia como unas cuatro pesetas de nuestra moneda, por el rescate de aquel que habia de inmolarsse un dia en la cruz por la redencion de todos los hombres; al cual le rescató para criarle, digámoslo así, como una sagrada víctima que se le habia encargado, y que élla tenia solo en depósito.

Si en esta ceremonia hizo la santísima Vírgen un gran sacrificio como vírgen, sujetándose á la purificacion legal, no le hizo menor como madre, presentando á su querido hijo; pues ofreciéndole al Eterno Padre, se le ofrecia para la muerte de cruz, á pesar de toda su ternura maternal, sacrificando así todo lo que tenia de mas amado y de mas precioso en el mundo para la salvacion de todos los pecadores. Por esto aplica san Buenaventura en esta ocasion estas palabras de san Juan (Joan. 3). *Sic Deus dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret.* María, dice el santo Doctor, amó al mundo hasta dar á su hijo único por su rescate: *Sic Maria dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret.*

Bastante sabido es lo que pasó en esta santa ceremonia, y sobre todo la prediccion que el santo viejo Simeon hizo á María cuando teniendo al divino Infante en sus brazos, y encarándose á su madre, la dixo: Eres la mas dichosa de todas las mugeres, por tener un hijo como éste; pero preveniente para ser la mas afligida, pues verás con tus propios ojos el indigno modo con que será tratado un dia por aquellos mismos cuya salvacion habrá procurado por todos medios. Te digo tambien que este divino Niño, que es el objeto de tus delicias, y de las complacencias de Dios su padre, será puesto por blanco de la contradiccion; y aunque ha venido al mundo por la salvacion de todos, sin embargo, muchos por su culpa no se aprovecharán del beneficio de la redencion; y así al que no habrán querido tener por

Salvador, le tendrán por juez. Finalmente te digo á ti en particular, que tendrás no poca parte en todo lo que padecerá este tu querido hijo, y que una espada traspasará tu alma por el dolor que sentirás al verle padecer y morir en el mas cruel de todos los suplicios.

Es probable que esta prediccion no la cogió de nuevo á la santísima Vírgen. Instruida en todo el misterio, habia ido élla misma á ofrecer su querido hijo al Eterno Padre en calidad de víctima, consintiendo y subscribiendo de todo corazon á cuanto el Salvador habia determinado padecer y sufrir por la salvacion de los hombres. Esta resignacion en la voluntad de Dios, este asenso á sus órdenes no fue el menor sacrificio que la santísima Vírgen tuvo que hacer durante su vida; y por esto, sin duda, no se movió ni dió un paso por defender la inocencia de su querido hijo durante su pasion.

§. XXI.

*Huye la santísima Vírgen á Egipto
con el niño Jesus.*

No estuvo mucho tiempo María sin ver el cumplimiento de lo que el santo viejo Simeon la habia predicho tocante á las persecuciones que se suscitarian contra su hijo; pues apenas la santa familia habia llegado á Nazaret, de vuelta de Jerusalem, cuando un ángel se apareció en sueños á san José, y le dixo de parte de Dios que se levantara al instante, que tomara al niño y á la madre, y huyera á Egipto, y que no volviera sin una orden expresa del cielo; porque va á suceder, le añadió, que Heródes buscará al niño para quitarle la vida; y así no hay que perder tiempo. Levántase José, toma á la madre y al niño, y se retira á Egipto. El viage era largo é incómodo, sobre todo para una muger jóven y muy delicada. El término del viage no podia servirles de consuelo, pues iban á vivir á una tierra extraña entre un pueblo idólatra, y naturalmente duro con los extranjeros. Pero Dios, en cuya mano están los corazones de todos los hombres, trocó de tal suerte el de los egipcios en favor de esta familia refugiada, que fue recibida de todos con una benignidad y una caridad, cuales no se de-

bian esperar naturalmente. La mansedumbre y la modestia de la santísima Virgen ablandaron é hicieron tratables desde el primer día aquellos espíritus fieros y supersticiosos, y aquellos corazones insensibles hasta entonces á las miserias ajenas; por otra parte, cierto ayre de magestad sobrenatural que relucía en el niño Jesus, daba tal golpe, que no se le podía mirar sin veneracion y sin ternura. Permaneció en Egipto la santa familia hasta la muerte de Heródes; esto es, un año con poca diferencia; pues habiendo muerto infelizmente este tirano pocos meses despues de haber hecho degollar á los niños inocentes, el ángel del Señor se apareció en sueños á san José, y le dixo: Toma al niño y á la madre, y volvéos á la tierra de Israel, porque los que querian matar al niño han muerto ya. Levantóse san José, tomó al niño y á la madre, y se vino á la tierra de Israel; pero oyendo decir que Arquelao reynaba en la Judea en lugar de su padre Heródes, y temiendo que con el cetro hubiese heredado la ambicion, los zelos y la crueldad de su padre, no se atrevió á ir allá; pero avisado en sueños que fuese á Galilea, se retiró á Nazaret, que era el lugar de su nacimiento, y el del nacimiento de la santísima Virgen. En esta afortunada ciudad permaneció oculto este rico tesoro por mucho tiempo: en este obscuro retiro alimentó y crió la Madre de Dios á un Dios niño con todo el amor, con todo el cuidado, con todo el respeto que merecia tan querido hijo, el cual era Dios y hombre á un mismo tiempo.

La sagrada Historia nada mas nos dice en particular ni de la madre y del hijo mientras estuviéron en este obscuro retiro; sin duda porque es mas fácil imaginar, que decir todo lo que pasó de maravilloso, de misterioso y de inefable durante la santa infancia, y en aquella primera edad del Salvador, así por parte de la mas santa, de la mas tierna y de la mas amante de todas las madres, como por parte del mas admirable, del mas hermoso y mas respetable de todos los niños. Puede decirse que todos los torrentes de delicias sobrenaturales en que son inundados los bienaventurados, se hallaban como unidos en esta santa familia. ¡Qué ternuras, y qué transportes de amor los de la santísima Virgen á vista de su querido hijo! Su corazon estaba todo ocupado en contemplar á su querido hijo, el cual le tenia en sus brazos continuamente, y le queria cien veces

mas que á sí misma. Sabía que este divino niño era su Criador, su Salvador y su Dios: con su respeto, con sus adoraciones, con sus cariños, con su amor y con su culto suplía los actos de religion y de reconocimiento que le eran debidos de parte de los hombres, de quienes este Dios-Hombre era todavía desconocido.

Habiendo llegado Jesus á la edad de doce años, inspiró Dios á la santísima Virgen y á san José que le llevaran consigo á Jerusalem á la fiesta de pascua. Acabada la solemnidad, como todos los que eran de una misma ciudad ú de un mismo pais, se juntaban para volverse en compañía unos de otros, caminaban repartidos en muchas bandas ó pelotones: el Salvador dexó partir á la santísima Virgen y á san José, los cuales en la inteligencia de que Jesus iba en una de las dos bandas, no le echáron menos hasta por la tarde. Aunque la santísima Virgen no ignoraba que todo era sabiduría y misterio en la conducta de su querido hijo, con todo no dexó de afligirla sensiblemente este eclipse, como lo mostró cuando le volvió ó encontrar; pues habiendo vuelto con san José al otro día por la mañana á Jerusalem, y habiéndole encontrado en el templo sentado en medio de los doctores oyéndoles, preguntándoles y encantándoles con una sabiduría anticipada y sobrenatural que le hacia admirar en todas sus respuestas, le dixo: Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Tu Padre y yo te hemos andado buscando afligidos y transportados de dolor. La respuesta de Jesus explicó el misterio que habia en esto, é hizo ver bastantemente que no habia habido culpa en ellos; pues si se habia quedado en Jerusalem, solo habia sido por hacer la voluntad de su Padre celestial. *¿Para que me buscábais?* les respondió, *¿no sabíais que debo emplearme en las cosas que miran á mi Padre?* Habiendo partido despues con ellos, vino á Nazaret, y les estaba sujeto. Es todo lo que nos dicen de la madre y del hijo los escritores sagrados. En efecto, los evangelistas nada mas nos enseñan, nada mas nos dicen de lo que pasó en todo aquel espacio de tiempo que hubo desde los doce años de la vida de Jesucristo hasta los treinta: creen haber hecho bastante con decir: *Et erat subditus illis*, estaba sujeto á ellos.

Es verdad que estas dos palabras encierran un gran sentido; y haciendo en miniatura el retrato de las profundas

humillaciones del hijo, hacen el elogio mas elocuente y mas pomposo de las sublimes grandezas de la madre. Y á la verdad, ¿se puede imaginar cosa mas admirable, ni que dé mas golpe que ver á un Dios que se emplea en obedecer á una pura criatura, y que lo mira esto como una especie de obligacion? Por otra parte, ¿puede haber dignidad mas sublime que la de tener derecho de mandar á un Dios? ¿Que humildad la de Jesucristo en estar sujeto á José y á María! ¿Y qué gloria es comparable á la de María en tener la misma autoridad sobre Jesucristo, que tienen todas las madres sobre sus hijos? ¿Qué se puede decir de una pura criatura que dé una idea mas alta de su excelencia, de su santidad, de su mérito y de su poder, que decir que Jesucristo, este Dios-Hombre la estaba sujeto? ¿Qué título de nobleza mas bien fundado, qué calidad mas respetable, qué superioridad mas visible y mas bien establecida sobre todos los ángeles y hombres, que la que la da á la santísima Virgen su augusta é incomparable cualidad de madre de Dios? Pues esto es lo que significan, y lo que dicen estas palabras del evangelio: Y Jesus les estaba sujeto: *Et erat subditus illis.*

§. XXII.

La vida escondida de la santísima Virgen en Nazaret. Por su respeto hace el Salvador su primer milagro en las bodas de Caná de Galilea.

Mas fácil es imaginar, que explicar, dicen los santos PP. las eminentes virtudes que la santísima Virgen practicó en los diez y ocho años de aquella vida obscura y escondida que pasó con su querido hijo en la humilde condicion de artesano á que estaba reducido san José para tener con que vivir; pero la pobreza de la familia no envilecia la nobleza, ni la obscuridad de la condicion obscurecia su lustre y resplandor. La santísima Virgen pasó todo este tiempo en una profunda, pero dulce soledad, la cual se la hacia tan deliciosa la presencia visible de Jesucristo, como lo es la que gozan los espíritus bienaventurados en el cielo. ¿Quién es capaz de referir cuáles eran las piadosas conversaciones de la madre con el hijo, y las dulzuras de que

abundaba el trato ordinario de esta santa familia? San José con su trabajo procuraba proveer á las necesidades de la vida; y la santísima Virgen cuidaba del corto menage, sin perder jamás de vista á su querido hijo. Jamás hubo vida mas perfecta, jamás se vió familia mas santa, mas respetable, mas dichosa; ni mas digna de los homenajes de los ángeles y de los hombres en medio de su misma obscuridad.

No se sabe precisamente el tiempo en que murió san José; lo cierto es, que ya no vivia cuando Jesucristo empezó á predicar su evangelio: murió, pues, con la muerte de los justos durante la vida privada y oculta de Jesucristo en Nazaret. Es seguro que ninguna muerte fué mas preciosa á los ojos de Dios, que ninguna fue mas dichosa; pues espiró este gran Santo entre los brazos de Jesus y de María. Por mas resignada que estuviese la santísima Virgen para cualquiera acontecimiento, con todo la separacion de su casto Esposo no dexó de serla sensible. Pero como era María el ornamento de su sexó, convenia, dice san Ambrosio, que después de haber sido el modelo y la gloria de las doncellas y de las casadas, sin haber dexado de ser vírgen, fuese tambien el modelo mas perfecto de las viudas, siendo una de ellas.

Entretanto llegó el tiempo en que el Salvador debia manifestarse al mundo; y es probable que descubrió á la santísima Virgen la intencion que tenia de ir á pasar cuarenta dias en el desierto, debiendo ser su retiro y su ayuno como el preludio de su vida pública, y por decirlo así, la primera época de su mision. A su vuelta, habiendo juntado los primeros discípulos, fué á Nazaret, donde estaba su querida madre: pasó con ella algunos dias, comunicándola, sin duda, el plan y la economía de sus trabajos y maravillas.

Habia empezado Jesucristo á anunciar á los pueblos el reyno de los cielos, cuando fué convidado por algunos de sus parientes carnales á asistir con su madre y sus primeros discípulos á una boda que se hacia en Caná, pequeña ciudad de Galilea, poco distante de Nazaret. Estando comiendo, se acabó el vino: advirtiendo la santísima Virgen, que estaba á la mesa junto á su Hijo, el embarazo en que se hallaban los que le habian convidado,

y queriendo ahorrarles la confusion que les iba á causar esta falta de prevencion, mostró al Salvador el deseo que tenia de que los sacase de aquella pena con algun milagro. Esta madre de misericordia, que previene siempre nuestras necesidades, se contentó con decirle en voz baxa que no tenian mas vino: *Vinum non habent*. El Hijo de Dios, queriendo hacer ver el poder que tenian sobre él hasta las insinuaciones de su querida Madre, anticipó, en atencion á ella, el tiempo de manifestar su omnipotencia, convirtiendo inmediatamente el agua que habia en seis tinajas en un vino excelente; éste fue el primero de los milagros públicos que hizo el Salvador, el cual quiso que se debiera á los ruegos de su querida Madre.

Habiendo tenido por conveniente el Salvador establecer su principal residencia en Cafarnaun, la santísima Virgen, que no le dexaba un punto, vino á establecerse igualmente allí. San Epifanio y san Bernardo dicen que le acompañaba las mas veces en sus correrías evangélicas, no solo por tener el consuelo de oírle mas á menudo, sino tambien para cuidar de él en sus viages. Encontróse con él en Jerusalem en la fiesta de pascua; despues de la cual le siguió á las riberas del Jordan, donde el Salvador comenzó á conferir su bautismo. Los santos PP. no dudan que la Virgen le recibió de mano de su hijo; y aunque como exenta de toda culpa, aun venial, y preservada, como se ha dicho, de pecado original, parece no tenia necesidad del bautismo; sin embargo, no quiso dexarle de recibir despues que el mismo Salvador se habia sujetado á la ley de la circuncision, y élla misma á la de la purificacion. Por otra parte es cierto que nadie observó jamás la nueva ley con mas perfeccion que la santísima Virgen, y que cumplió y llenó excelentemente todos los deberes que prescribe esta ley: ¿cómo pues, hubiera querido ser privada de un sacramento que es como el sello que caracteriza á todos los fieles? Y habiendo de recibir el bautismo, ¿de qué manos debia recibirle sino de las de su Hijo?

El evangelio nada mas nos dice de la santísima Virgen hasta el tiempo de la pasion del Salvador, sino es en dos ocasiones. La primera, cuando una buena muger, embelesada al oír predicar á Jesucristo, exclamó: Bienaven-

turado el vientre que te llevó, y los pechos que te diéron de mamar. *Antes bien*, replicó Jesucristo, *bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la ponen por obra*. No niega el Salvador que su madre sea la mas dichosa de todas las mugeres: estas palabras son mas bien una confirmacion de lo que esta devota muger acababa de decir; pero como nadie puede aspirar á la sublime dignidad de madre de Dios, les muestra Jesus una cosa que nadie puede racionalmente excusarse de llegar á conseguir; y sin insistir mas sobre la dicha singular de su madre, toma de aquí ocasion para hacer conocer á sus oyentes cuál es la felicidad que les es propia y á que todos pueden aspirar, la cual es ser dóciles á la voz de Dios, tener fe, y animar esta fe con las obras. Fue como decir: mi madre es bienaventurada por haber sido elegida para formarme un cuerpo, y darme á luz; pero lo que la hace verdaderamente bienaventurada, es el haber creído: *Beata quæ credidisti*; y ved aquí lo que debéis imitar en mi madre. La segunda vez que habla el evangelio de la santísima Virgen, es cuando habiendo ido á oírle á un sitio en donde enseñaba al pueblo, y habiéndole dicho al Salvador que estaba allí su madre, respondió Jesus, señalando con la mano á sus discípulos: *Veis aquí quiénes son mi madre, y mis hermanos; porque cualquiera que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, este es mi hermano, mi hermana y mi madre*. Esta respuesta, que en otras circunstancias hubiera podido parecer un poco seca, era á la sazón misteriosa y aun necesaria, atendida la disposicion de los que lo oían. Los judíos, á quienes anunciaba el reyno de los cielos, no le miraban sino solo como un puro hombre, hijo de María; ¿No es este, decían, el hijo de un artesano? ¿Su madre no se llama María? ¿Sus parientes no viven y están entre nosotros? Qui-so, pues, el Salvador enseñarles á no mirarle solamente como hijo de María, sino á reconocer en su persona aquel carácter de divinidad que no querian advertir, aunque se manifestaba tan claramente en sus palabras y en sus obras. Quería tambien hacerles entender que cuando se trata de la gloria y de los intereses de Dios, no se debe dar oídos ni á la carne ni á la sangre, no se debe atender ni á amigos, ni á aparentes, ni á otra ninguna cosa del

mundo, por mas apreciable que pueda sernos; sino que debemos preferir los intereses de Dios á todo lo que nos toca de mas cerca. En el mismo sentido y con el mismo espíritu habia respondido á su Madre cuando se le quejaba amorosamente de su ausencia por haberse detenido en el templo de Jerusalem á los doce años de su edad: ¿No sabíais, la respondió, que debo emplearme en las cosas que miran á mi Padre con preferencia á lo que apetece la inclinacion natural? Por eso la santísima Virgen, que penetraba y comprendia perfectamente el sentido de una y otra respuesta, no hizo ademan de ofenderse de ellas.

§. XXIII.

Lo que la santísima Virgen tuvo que sufrir durante la pasion de Jesucristo.

Por mas dulce que fuese el consuelo y el gozo de la santísima Virgen al ver las maravillas que obraba el Salvador en toda la Galilea y la Judea; sin embargo, el pensamiento de su pasion, y la imágen de la muerte que habia de padecer por la redencion del linage humano, la que tenia continuamente presente, anegaban su corazon en un mar de amargura, como hablan los santos PP. Cuanto veía que su sabiduría era mas admirada, y sus milagros mas publicados y aplaudidos: quanto mas sabia cuál era la reputacion de su divino hijo en toda la Siria, tanto mas se affigia su corazon al pensar que este querido hijo, que era las delicias del Padre Eterno y las suyas, debía verse un día harto de oprobios, y morir afrentosamente en una cruz; pues instruida en toda la economía del misterio de la redencion, preveía con un amargo dolor el tiempo destinado para este sangriento sacrificio; y como cada día se iba acercando el término de él, su corazon padecia cada día un nuevo suplicio, teniendo noche y día presente en su espíritu hasta las menores circunstancias de su pasion.

Llegado en fin el tiempo de la pasion del hijo, como tambien el de la pasion de la madre, se fue María á Jerusalem, casi al mismo tiempo que su hijo; esto es, seis ó siete dias antes de la fiesta de pascua: se retiró á casa de

María, Madre de Marcos, su parienta, desde donde fue testigo del triunfo superficial y pasajero con que el Salvador fue recibido en Jerusalem, el cual debia parar bien presto en la mas triste y funesta tragedia, de la cual era preludio aquella alegría de tan poca duracion que mostraba el pueblo por la llegada del Salvador; y así los gritos y clamores de *hosanna*, ó *viva*, que resonaban en toda la ciudad, aumentaban la amargura de su corazon, y hacian mas profunda su tristeza, sabiendo que bien pronto se convertirian en gritos y clamores de execracion. Se dexa comprender cuál sería su afficcion, cuando supo que Jesucristo habia sido preso, y que le llevaban de tribunal en tribunal con la mayor ignominia. Ninguna madre amó jamás á un hijo único con una ternura tan viva; ninguna madre sintió mas vivamente los indignos y crueles tratamientos que tuvo que sufrir este hijo querido; y toda la Iglesia conviene en que no hubo jamás una madre mas affligida que María. Todos los santos padres dicen á una voz, que María sola padeció mas que todos los mártires juntos: y que con razon se la da el título de Reyna de los mártires, *Regina martyrum*; y que sin un milagro no hubiera podido sobrevivir á la dolorosa y afrentosa pasion de su adorable Hijo. No dió María el menor paso para reclamar contra el inaudito cúmulo de injusticias, de calumnias, de oprobios y de tormentos que le hacian sufrir al Salvador; porque habiéndole ofrecido élla misma al Padre Eterno en calidad de víctima el día de su purificacion, habia consentido, digámoslo así, en que muriere por la redencion de los hombres; y veis aquí por qué guardó el mas mudo silencio durante toda su pasion. Resolvióse tambien por una especie de aliento sobrenatural, y muy superior á su sexo y á su calidad, de madre, acompañarle al Calvario, y asistir á su muerte al pie de la cruz, conformándose con los inescrutables designios de la Providencia divina. Todo quanto la crueldad de los verdugos hizo sufrir á los cuerpos de los mártires, todo fue poco, y aun debe reputarse por nada, si se compara con lo que vos, Virgen santísima, padeciste en la muerte de vuestro Hijo sobre el Calvario, dice san Anselmo. Los otros fueron mártires, muriendo por Jesucristo, dice san Gerónimo; pero María lo fue muriendo con Jesucristo, ó

por mejor decir, sobreviviendo á Jesucristo. Porque María, continúa el Santo, amó mas á su hijo que todos los otros, por eso sintió mas dolor, viéndole padecer; en tanto grado, que la violencia de su dolor penetró toda su alma de parte á parte. En los otros mártires, dice san Bernardo, el grande amor que tenían á Dios, aliviaba el dolor que les causaban sus tormentos; pero en María, el amor extremado con que amaba á su hijo, hacia su martirio; y como amó á Jesucristo mas que todos los santos juntos, su martirio fue mas amargo y mas doloroso que el de todos ellos. *In aliis martyribus magnitudo amoris dolorem lenivit passionis; sed beata Virgo quanto plus amavit, tanto plus doluit, tantoque ipsius martyrium gravius fuit.* La pasion dolorosa del hijo fue con todas sus circunstancias la pasion dolorosa de la madre.

Con solo mirar á Jesucristo en la cruz se consolaban todos los mártires; pero respecto de la santísima Virgen, este triste objeto era su mas doloroso martirio. Jesucristo consolaba y aun llenaba de gozo interior á todos los mártires en medio de los mas crueles tormentos; y algunas veces llegaba hasta suspender en su favor la actividad del fuego en las calderas de plomo derretido, y en los hornos encendidos; pero respecto de la Virgen santísima, Jesucristo padeciendo y muriendo, es el mayor suplicio de su Madre; es para élla, dice san Bernardo, un mar de amargura en que está anegada. Juzgad de la grandeza del dolor, dice el santo Abad, por lo grande del amor: élla sola padeció mas en su alma que todos los mártires juntos padecieron en su cuerpo: *Juxta magnitudinem amoris erat vis doloris, &c.* Ciertamente, dice san Bernardino de Sena, el dolor que la santísima Virgen padeció viendo espirar á su querido hijo en la cruz fue tan vivo, tan extraordinario y tan grande, que si se hubiera repartido entre todas las criaturas capaces de sentir, no hubiera habido una que no hubiera muerto de dolor con sola la porcion que la hubiera cabido. El amor tierno y compasivo, dice Arnaldo de Chartres, hacia en el alma de María lo que los clavos, los azotes, las espinas y la lanza hacian en el cuerpo adorable del hijo. Tu hijo, Virgen santísima, padeció en el cuerpo, y tú en el alma, exclama san Buenaventura; pero todas las llagas que estaban divididas en

cada miembro de su cuerpo, se hallaban juntas en tu corazon: *Singula vulnera per ejus corpus sparsa, in tuo corde sunt unita.* ¡O, y cuánta verdad es, santísima Virgen, concluye san Bernardo, que tu alma fue verdaderamente traspasada de una espada de dolor! Como la santísima Virgen padeció un tan doloroso martirio, al cual con razon se le ha dado el nombre de pasion, por el amor y la salvacion de los hombres, en todos tiempos han tenido los fieles la particular devocion de honrar esta pasion de la santísima Virgen, baxo el título de nuestra Señora de las Angustias, baxo el de la Compasion de nuestra Señora, baxo el de los Dolores de la santísima Virgen; cuya fiesta está aprobada por la santa Sede: en toda España se reza de élla con oficio propio, y tambien en muchas diócesis de Italia y de Francia.

§. XXIV.

*La santísima Virgen al pie de la cruz
de su querido hijo.*

Estaba junto á la cruz de Jesus, María, su madre, dice el evangelio: era uno mismo el sacrificio, digámoslo así, uno mismo el holocausto de hijo y madre; ofrecíanse y padecian entrámbos á un mismo tiempo, dice Arnaldo de Chartres: *Omnino unum erat Christi, et Mariæ holocaustum.* El amor hacia el oficio de sacrificador: el amor inmolaba á Jesus á su Padre sobre el altar de la cruz por la expiacion de los pecados de todos los hombres; y el amor inmolaba á Maria al pie de la cruz, haciéndola sufrir todos los oprobios y dolores que padecia su querido Hijo. Pero lo que puso el colmo á este incomprensible dolor, y lo que fue como la espada que atravesó el alma de esta afligida madre, fueron las últimas demostraciones de ternura que la dió su querido hijo antes de espirar en la cruz. Sus últimas palabras renovaron, por decirlo así, todas las llagas de que el corazon de esta madre moribunda estaba ya traspasado, y aquel mar de amargura en que su alma estaba como anegada.

Viendo Jesus al pie de la cruz á su madre y al discí-